

Los islamistas y la democracia ¿Debate imposible?

Juan José Escobar Stemmann

Los movimientos islamistas no son inmunes al paradigma democrático. Su incorporación en el juego político está provocando una evolución aún inconclusa y llena de ambigüedades como consecuencia de su carácter dual de organización política y movimiento religioso.

Hace 15 años, el politólogo francés François Burgat titulaba así una conferencia en la que subrayaba la creciente influencia de los movimientos islamistas, rechazaba la supuesta incompatibilidad entre islam y democracia, y dejaba entrever la posible evolución de éstos hacia posiciones más pragmáticas compatibles con la defensa del pluralismo político y del constitucionalismo. El tiempo ha terminado dando la razón a los que preveían un aumento de la influencia de los islamistas. Los procesos de apertura política y las citas electorales que han tenido lugar en el mundo árabe-musulmán en la última década han sido aprovechados por los partidos islamistas para convertirse en actores políticos decisivos. No solo han mostrado una especial habilidad para elaborar mensajes con atractivo popular, sino también capacidad para desarrollar estrategias políticas coherentes y crear organizaciones con una amplia base social.

Los resultados son visibles. El 26 de enero de 2006, Hamás conseguía el 74 de los 132 escaños del Parlamento palestino, haciéndose con el gobierno de la Autoridad Nacional Palestina (ANP). Poco antes, en las elecciones legislativas del 15 de diciembre de 2005 en Irak, diversos grupos islamistas chiíes, agrupados en la Alianza Unida Iraquí, obtenían 128 de los 275 escaños de la Asamblea Legislativa, y la principal fuerza islamista suní, el Partido Islámico Iraquí, 44 escaños más. En las legislativas de noviembre de 2005 en Egipto, los Hermanos Musulmanes lograban 88 escaños de un total de 454, habiendo presentado candidatos en apenas un tercio de las circunscripciones electorales.

En Jordania, tras haber boicoteado las elecciones de 1997, los Hermanos Musulmanes participaron en las elecciones de 2003, en las que obtuvie-

Juan José Escobar Stemmann es diplomático.

ron 17 de los 110 escaños en juego. Un acuerdo previo entre el régimen y los islamistas redujo el número de candidaturas presentadas y limitó el alcance del apoyo del electorado al Frente de Acción Islámica. En todo caso, los islamistas consiguieron que cerca del 56 por cien de sus candidatos presentados fuese elegido.

Las elecciones a la Cámara de Representantes en 2002 en Marruecos convirtieron al Partido de la Justicia y el Desarrollo (PJD) en la principal fuerza de oposición, al obtener 42 escaños. El PJD coexiste con la principal fuerza islamista marroquí, el Movimiento Justicia y Espiritualidad, liderado por el jeque Abdesalam Yassin, que ha rechazado hasta ahora participar en el proceso de apertura política diseñado por las autoridades marroquíes. Argelia, Líbano, Kuwait, Bahrein o Yemen cuentan también con partidos islamistas integrados en el sistema político.

La extensión del islamismo no se limita a los países árabes. En 2002, el Partido de la Justicia y el Desarrollo de Turquía (AKP), ganaba las elecciones legislativas con 363 de los 550 escaños del Parlamento, convirtiéndose su líder, Recep Tayyip Erdogan, en primer ministro turco. En Pakistán, la coalición de fuerzas islamistas Mutahida Majlis Amal (MMA), obtuvo un 11,1 por cien de los votos en las elecciones generales de 2002, y gobierna en la provincia de la Frontera Oeste en solitario, y en coalición con el partido del presidente, Pervez Musharraf, en la de Baluchistán, ambas fronterizas con Afganistán.

También el sureste asiático ha presenciado el auge político de los islamistas. En Indonesia existen varias formaciones islamistas, como el Partido del Despertar Nacional, que han participado en coaliciones de gobierno con partidos seculares. En Malaisia, la principal organización islamista del país, la UMNO, gobierna el país en coalición con otras fuerzas políticas. En Europa, agrupaciones cercanas al ideario de los Hermanos Musulmanes se han convertido en los principales interlocutores de los gobiernos al haberse hecho con el control de buena parte de las instancias de representación de los musulmanes en Europa. La Federación de Organizaciones Islámicas en Europa (FOIE) con sede en Reino Unido; el Consejo Europeo de la Fetua, que dirige el predicador egipcio, Yusuf al Qaradawi; la Unión de Organizaciones Islámicas de Francia, que obtuvo el 31,7 por cien de los votos en las primeras elecciones para el Consejo Francés del Culto Musulmán, o la Unión de Comunidades Islámicas de España, que dirige Riad Tatary, son organizaciones ligadas a los Hermanos Musulmanes.

Clarificación conceptual

Cabe preguntarse, sin embargo, si la creciente influencia de los islamistas ha venido acompañada, como auguraba Burgat, de un verdadero proceso

de renovación y evolución ideológica capaz de aceptar los principios que rigen el Estado de Derecho en las democracias constitucionalistas. Para contestar a esa pregunta es necesario actualizar conceptualmente el término islamista. La evolución del fenómeno en las últimas décadas y su extrema diversidad obligan a realizar un nuevo ejercicio de conceptualización que permita identificar a los distintos actores de la nebulosa islamista y analizar su evolución.

Siguiendo la terminología del International Crisis Group, “islamismo” debe entenderse como sinónimo de activismo islámico; es decir, la afirmación y la promoción activa de creencias, prescripciones, leyes y políticas de carácter islámico. Desde esta perspectiva, cabe destacar la existencia de tres grandes corrientes que tienen en común fundar su activismo sobre las tradiciones y enseñanzas del islam. Se trata de movimientos y organizaciones que comparten principios religiosos y referencias textuales, aunque no objetivos ni comportamientos. Parten de diagnósticos muy diferentes sobre la situación de la comunidad musulmana contemporánea y ofrecen también soluciones diferentes.

La primera corriente puede ser calificada de islamismo político, en la medida que incluye a los movimientos que dan prioridad a la acción política, buscan el poder a través de la participación en las instituciones y, rasgo característico, se constituyen en partidos políticos. Rechazan el uso de la violencia salvo en aquellos casos en los que un movimiento islamista político es obligado a operar bajo ocupación extranjera. Los partidos antes mencionados forman parte de este grupo, y su evolución doctrinal es el objeto del presente estudio. La segunda corriente está representada por el activismo misionario y religioso, que rechaza el activismo político y se concentra sobre la actividad de predicación para reforzar la fe, preservar la cohesión de la comunidad musulmana y defender el orden moral que la sostiene. Los misioneros del movimiento Tabligh y los predicadores salafistas son exponentes de esta corriente, en la que cabría incluir a los representantes del denominado islam oficial, cuyo discurso moral coincide a menudo con el de los predicadores fundamentalistas. Finalmente, la tercera corriente integra al activismo yihadista, representado por la franquicia Al Qaeda y la nebulosa de grupos que han declarado la guerra a Occidente.

Evolución doctrinal

La aparición del terrorismo de origen yihadista ha provocado que el interés de la opinión pública se centre en las franjas más radicales y minoritarias del islamismo. Algunos, influidos por el prisma de la guerra contra el terrorismo, llegan incluso a señalar que no hay diferencias entre los distintos tipos de activismo islámico. Sin embargo, el análisis de la realidad política de las sociedades musulmanas muestra un panorama muy dife-

rente, en el que son mayoría los partidos y movimientos que abogan por la integración política. Éstos se hayan hoy inmersos en un complejo proceso de evolución doctrinal e ideológica, plagado aún de contradicciones y ambigüedades.

Los partidos islamistas son hoy organizaciones de masas que han ocupado el lugar que antaño representaron los movimientos de liberación nacional y los partidos de izquierda. Han sabido destilar una larga y compleja tradición filosófica en eslóganes simples (“el islam es la solución”) que han suplantado rápidamente al panarabismo y al socialismo, que dominaron la escena política hasta la década de los setenta, renovando con un lenguaje religioso el discurso nacionalista nacido en la independencia.

Las políticas de inclusión de algunos regímenes, y sobre todo los acontecimientos regionales e internacionales tras el 11 de septiembre de 2001, han contribuido a consolidar una tendencia reformista en el espectro islamista. Los movimientos islamistas no son inmunes al paradigma democrático y la participación en el juego político ha facilitado esta evolución doctrinal aún inconclusa y salpicada de ambigüedades.

Los Hermanos
Musulmanes
egipcios han
liderado parte de
la evolución de
los islamistas

Parte de esta evolución ha sido liderada por los Hermanos Musulmanes egipcios, cuya influencia se extiende hoy sobre organizaciones afiliadas y un buen número de partidos islamistas árabes. La orientación de su fundador, Hassan al Banna, era principalmente antioccidental, conservadora y antiliberal, y oponía de manera explícita las ideas políticas islámicas a la democracia, considerada como intrínsecamente occidental y, por tanto, no islámica.

El pensamiento de los Hermanos Musulmanes se radicalizó en los años cincuenta y sesenta con la obra de Sayid Qotb, que condujo al movimiento a un enfrentamiento total con el régimen nacionalista de Gamal Abdel Nasser. Tras la muerte de Qotb, los dirigentes abandonaron sus tesis más radicales y volvieron a la perspectiva menos revolucionaria de Al Banna, adoptando una política gradualista y no violenta. Ésta trajo consigo la aceptación del Estado-nación y el abandono del objetivo revolucionario de acabar con el régimen existente y reemplazarlo por un Estado islámico, en beneficio de estrategias en las que, a pesar de proponer reformas constitucionales, aceptan el *statu quo* constitucional como fuente del marco jurídico y las reglas del juego político. En los últimos años, aunque continúan invocando a Al Banna como principal referencia doctrinal, los Hermanos Musulmanes han abandonado tácitamente elementos esenciales de su pensamiento y han adoptado una orientación más positiva en relación a los principios democráticos occidentales. Ejemplo de esta evolución es la pla-

taforma publicada por el consejo ejecutivo de los Hermanos Musulmanes egipcios en 2004, cuyo contenido se analiza mas adelante.

¿Ambigüedad calculada?


En todo caso, los islamistas no han dado totalmente la espalda a sus orígenes ideológicos. En todas las organizaciones existen tensiones entre el viejo ideal de crear un Estado islámico y el nuevo objetivo de convertirse en actores influyentes en sistemas más pluralistas. El resultado de estas tensiones constituye lo que el Carnegie Endowment denomina “zonas grises”, provocadas por la ambigüedad de sus posiciones sobre asuntos claves para la gobernabilidad. El grado de aplicación de la *sharia* o ley islámica, el papel de lo religioso en el proceso de formación de las leyes, el reconocimiento de los derechos individuales, el estatuto personal de la mujer o la actitud ante las minorías religiosas, son algunas de las áreas en las que no existen definiciones claras por parte de los islamistas. La existencia de esas zonas grises hace dudar a muchos sobre el verdadero compromiso de los islamistas con el pluralismo y la democracia.

El carácter dual de estos movimientos como organizaciones políticas y movimientos religiosos explica parte de esa ambigüedad. Como organizaciones políticas, tienden hacia la flexibilidad y el pragmatismo. Como movimientos religiosos, se inclinan más hacia el dogmatismo y el lenguaje absoluto. Existe también un importante desfase generacional en el seno de estos movimientos. Frente a la vieja guardia, defensora de mantener las esencias de Al Banna e incluso Qotb, se sitúa una nueva generación más comprometida con la reforma del discurso político islamista. El contexto social también genera ambigüedad. Los movimientos islamistas han tenido un importante impacto sobre las costumbres sociales y, en parte como consecuencia de su activismo, en las tres últimas décadas se ha producido un proceso de reislamización impulsado por los propios regímenes. Las sociedades musulmanas se han hecho más conservadoras.

La evolución ideológica y la ambigüedad se dan la mano en dos cuestiones básicas para determinar el futuro rumbo de los islamistas: su posición ante el pluralismo político y el uso de la violencia. Hasta finales de los años ochenta, los islamistas se enorgullecían de defender un modelo de sociedad política diferente a la de Occidente, basada en la creación de un Estado islámico. La guerra civil argelina y el fracaso de la insurgencia islamista en Egipto provocaron, a partir de la década siguiente, un proceso de reevaluación doctrinal para evitar la represión gubernamental y aprovechar la creciente demanda de reforma en la región. Una evolución determinada por tres variables esenciales: el objetivo de mantener y extender su influencia política y social; su deseo de adaptarse al contexto político de los Estados

donde estos movimientos operan; y las lecciones derivadas de experiencias precedentes. El reconocimiento de la soberanía popular (donde antes no existía más que la *hakimiyya* o soberanía de Dios), la celebración de elecciones libres o el establecimiento de gobiernos parlamentarios son conceptos que han comenzado a entrar en el vocabulario de algunos partidos islamistas. No solo aceptan que las fuerzas seculares sean actores políticos legítimos, sino que comienzan a contemplarlos como aliados potenciales en la batalla en pos de las reformas. Los islamistas entran de lleno en la retórica de la liberalización política y adoptan una nueva terminología.

La Iniciativa de Reforma publicada por los Hermanos Musulmanes en marzo de 2004 recoge esta evolución al apostar por un sistema democrático, constitucional, parlamentario y republicano. El documento hace un llamamiento a otros partidos políticos para que se adhieran a una carta nacional que, entre otras cosas,


*El PJD marroquí
sigue la línea de
los islamistas
turcos con un
discurso pluralista
y democrático*

reconoce al pueblo como la fuente de toda autoridad, garantiza el principio de transferencia de poder a través de elecciones libres, confirma la libertad de credo, de expresión y la formación de partidos políticos, garantiza la independencia del poder judicial o establece límites a los mandatos presidenciales. Los Hermanos Musulmanes jordanos publicaron un documento similar en noviembre de 2005, y otros partidos islamistas han realizado declaraciones expresas de apoyo a los principios democráticos.

Mención especial merece la evolución del PJD marroquí, que ha optado por seguir la línea marcada por los islamistas turcos, partidarios de compaginar el respeto a las tradiciones religiosas con el desarrollo de un discurso democrático y pluralista. Aunque como el resto de los partidos islamistas no ha abandonado su discurso antiliberal, el PJD considera que los ideales reflejados en la utopía del Estado islámico pueden conseguirse hoy a través de los principios de la democracia, el Estado de Derecho y la defensa de los derechos humanos. El partido marroquí ha impulsado una plataforma de partidos islamistas, entre los que se encuentran el Movimiento de la Sociedad para la Paz (MSP) argelino, el Wasat egipcio o el Partido Islámico Iraquí, que pretende elaborar un programa reformista que aboga por la elaboración de un nuevo discurso islámico democrático y civil. Proponen adoptar un lenguaje inequívocamente democrático, fomentar la búsqueda de consensos con los partidos seculares, condenar sin paliativos el terrorismo y mantener un discurso más equilibrado sobre Occidente.

Pese a todo, la experiencia demuestra que, salvo en el sureste asiático, donde los partidos islamistas están acostumbrados a competir en las elecciones con partidos seculares, los que defienden este nuevo discurso no

han conseguido formar una mayoría clara en el seno de los movimientos islamistas.

En el mundo árabe, los líderes islamistas más partidarios de realizar cambios fundamentales en el ideario de los partidos, o se han convertido en figuras independientes con poco peso en la estructura de la organización, o se han apartado de la misma para fundar nuevos partidos con escaso apoyo popular. Es el caso del Partido Wasat en Egipto, creado en 1995 por un grupo de jóvenes militantes de los Hermanos Musulmanes. Incluso dentro de los sectores reformistas del islamismo, se está evolucionando hacia el pluralismo, no hacia el liberalismo. Por ello, aceptan la democracia como conjunto de reglas procedimentales, pero siguen defendiendo el carácter religioso de la sociedad y la primacía del grupo y la familia sobre el individuo como base de la estructura social, rechazando el *ethos* liberal que impregna los códigos seculares en Occidente.

Todos los partidos islamistas siguen siendo muy conservadores en materia de costumbres, y su eventual reconocimiento de las libertades individuales viene limitado por las normas del decoro social y el orden público. Al margen de algunas excepciones, como el PJD marroquí, los islamistas se niegan a apoyar la reforma del Estatuto personal en el mundo árabo-musulmán.

Uso de la violencia

Por lo que respecta al uso de la violencia, ciertos regímenes árabes siguen acusando a los islamistas de mantener tendencias violentas y revolucionarias. Sin embargo, la realidad demuestra que la mayor parte de los movimientos aquí analizados ha renunciado a la violencia como arma política. Las reacciones de las organizaciones islamistas a las medidas represivas de los distintitos regímenes demuestran que su compromiso con la no violencia es real, aunque en algún momento han utilizado coacciones e intimidaciones para imponer su agenda en determinadas instituciones como las universidades o las asociaciones profesionales. No obstante, dicho compromiso desaparece cuando se alude a la cuestión palestina o a Irak. De hecho, la evolución política hacia la aceptación del pluralismo ha venido acompañada en los últimos años por un proceso de radicalización de su discurso en cuestiones de política exterior. Los islamistas se han convertido en los herederos del nacionalismo árabe, adoptando el discurso antioccidental y antiimperialista que caracterizó a aquél durante años.

Los tratados de paz de varios países árabes con Israel marcan el inicio de ese proceso de radicalización que trae como consecuencia la constitución, en el seno de las asociaciones profesionales y organizaciones controladas por los islamistas, de comités contra la normalización de las relaciones con Israel, con campañas destinadas a boicotear a ciudadanos, empresas e instituciones que mantengan relaciones con ese país. Como sus homólogos

palestinos, los islamistas árabes siguen sin reconocer formalmente el derecho de Israel a existir y se niegan incluso a reconocer las resoluciones de las Naciones Unidas que reconocen las fronteras existentes antes de la guerra de 1967. Rechazan iniciativas como la Hoja de Ruta, que califican de camino hacia la rendición, y han apoyado abiertamente los atentados suicidas, que denominan “operaciones de martirio”, al considerar que son las únicas armas con las que cuenta la resistencia para hacer frente a un enemigo muy superior en el ámbito militar.

La intervención militar de Estados Unidos en Irak también ha endurecido el tono de las críticas del islamismo político, alcanzando niveles no acostumbrados. No solo se ha denunciado a los gobiernos árabes por su apoyo a EE UU y su inoperancia, o se ha apoyado abiertamente a la resistencia y la

yihad contra la ocupación estadounidense, sino que en algunos casos, como en Jordania, se ha acusado al gobierno de apostasía, llegando a cuestionar la legitimidad de la monarquía.



Europa es criticada por su inoperancia en el conflicto entre palestinos e israelíes

En los principales órganos de expresión del islamismo político en el mundo árabo-musulmán no es difícil encontrar artículos donde se ensalza la figura de Osama bin Laden o a la resistencia iraquí. Aunque critican abiertamente los métodos utilizados por personajes como el ex líder de Al Qaeda en Irak, Abu Musab al Zarqawi (decapitaciones, matanzas de civiles iraquíes), defienden la utilización de medios violentos por parte de la resistencia

y conceden el estatuto de mártir a todos aquéllos que dan su vida por la misma. El jeque Al Qaradawi, cuya ascendencia sobre los musulmanes europeos es importante como presidente del Consejo Europeo para la Fetua, y cuya actividad doctrinal tiene una gran proyección a través de su programa semanal en la cadena de televisión Al Yazira, no dudaba en emitir una fetua en 2005 en la que señalaba como deber religioso la lucha contra los americanos en Irak, fuesen éstos militares o civiles. Su discurso sobre el derecho a la resistencia contra la ocupación muestra la radicalización de las posiciones en materia de política exterior del islamismo político.

El discurso de los islamistas es también muy crítico con Occidente, al que acusa de doble rasero y de ser responsable de una buena parte de los males que aquejan a la comunidad musulmana. EE UU se lleva la palma por su política de apoyo a Israel y la intervención militar en Irak. Pero Europa también es criticada por su inoperancia e incapacidad para adoptar una posición más equilibrada en relación al conflicto palestino-israelí. No obstante, la mayor parte de los partidos islamistas subrayan la importancia de mantener buenas relaciones con la Unión Europea, entre otras razones por la presencia de una importante comunidad musulmana en su terri-

torio. Por ello, su reacción en la crisis provocada por la publicación de caricaturas del profeta Mahoma no fue tan virulenta. Las organizaciones afines a los Hermanos Musulmanes criticaron con dureza la publicación, pero subrayaron la necesidad de entablar un diálogo con las autoridades europeas para evitar la repetición de este tipo de hechos. Mantienen, sin embargo, una visión negativa del Proceso de Barcelona, del que critican especialmente la parte económica por imponer una visión neoliberal que solo beneficia a los europeos.

Las autocracias liberales

La evolución de los islamistas hacia posiciones compatibles con el pluralismo político y las libertades públicas es, por tanto, un proceso de varias velocidades, salpicado de ambigüedades y contradicciones, y muy condicionado por las respuestas que los distintos regímenes han dado a los procesos de apertura política. El examen de las relaciones entre los islamistas y la democracia obliga, por ello, a entrar en el debate sobre la reforma política en el mundo árabo-musulmán, ya que sin una mayor profundización de los procesos democráticos en la zona, parece difícil augurar una consolidación de la tendencia más reformista del islamismo.

La mayor parte de los ciudadanos musulmanes viven hoy bajo autocracias que permiten un cierto grado de apertura política. Túnez, Siria y algunas de las monarquías del golfo Pérsico son las excepciones a un proceso iniciado en los años ochenta, con la ola de agitación popular que recorrió la práctica totalidad de los países árabes no productores de petróleo y que provocó un proceso de liberalización política diseñado para hacer frente a la crisis, que dejó intacta la estructura fundamental del poder en la mayor parte de estos países. Aunque, espoleadas por las perspectivas de cambio, una amalgama de fuerzas políticas (islamistas, izquierdistas, liberales y seculares) intentó enriquecer el proceso político con la esperanza de construir una democracia competitiva, los dominios de expresión y de actividad política legítima permanecieron circunscritos y los viejos tabúes en vigor (la existencia de Dios, la figura del rey o el presidente, el ejército).

Dos décadas después de la primera ola de democratización, las autocracias liberales han demostrado su capacidad para mantener en el poder a las élites tradicionales. Varios son los factores que han generado y permitido el desarrollo de este sistema. En primer lugar, los líderes no han intentado imponer una única visión de la comunidad política. En su lugar, han mantenido una cierta distancia simbólica entre el Estado y la sociedad, dejando espacio para políticas competitivas y para la disidencia, aunque sin ceder el control final a ningún segmento del espacio político. Ello ha permitido limitar el crecimiento de los movimientos de oposición más radicales. En segundo lugar, las autocracias liberales no son hegemónicas. Aunque con lími-

tes, permiten a los grupos de la oposición establecer raíces fuera del Estado y fomentan una cierta competición entre islamistas y no islamistas, y también entre los propios partidos islamistas, como ocurre en Marruecos entre el PJD y el movimiento Justicia y Espiritualidad.

Los líderes de las autocracias liberales actúan enfrentando a un grupo contra otro, intentando maximizar su margen de maniobra y restringir la capacidad de la oposición para trabajar conjuntamente. Curiosamente, la política del “divide y vencerás” da a la oposición una capacidad que no obtendría en una competición política abierta. Por ello, estos regímenes reciben un cierto grado de aquiescencia y a veces incluso apoyo, tanto de la oposición islamista como de la secular. Algunos arreglos permiten a la oposición tener una voz en el Parlamento, el gobierno o incluso en el proceso de islamización que ha acompañado a la consolidación de las autocracias liberales, en el que el Estado ha cedido una parte del control institucional e ideológico a los islamistas.

En la mayoría de los casos, los dirigentes de las autocracias liberales son tanto árbitros del juego político como patronos de las instituciones religiosas. En tanto que árbitros, los dirigentes de Yemen, Marruecos, Egipto o Jordania utilizan las diferencias culturales, religiosas e ideológicas para dividir a la oposición. Sin embargo, como patronos de la religión, estos líderes han utilizado sus lazos con las instituciones islámicas para limitar la influencia de las fuerzas políticas seculares, impidiendo la consolidación de los grupos que defienden una lectura liberal del islam y, por tanto, una alternativa al antiliberalismo que caracteriza a los movimientos islamistas. Los regímenes han mantenido el control, pero también han provocado que la oposición islamista se haya convertido en la única alternativa.

El paradigma de la reforma democrática

En este contexto, se producen los llamamientos a la reforma política del mundo musulmán, y muy especialmente del mundo árabe, tras el 11-S y la intervención militar en Irak. Bajo la égida de la iniciativa Gran Oriente Medio impulsada por la administración estadounidense y la Asociación Estratégica de la UE con el Mediterráneo y Oriente Próximo nace un nuevo paradigma: la democratización del mundo musulmán es necesaria para hacer frente a la extensión del yihadismo. Al amparo de dichas iniciativas, se han multiplicado en los últimos años las declaraciones de organizaciones de la sociedad civil y de partidos políticos árabes exigiendo un cambio democrático. Las declaraciones de Alejandría, de marzo de 2004, y de Doha, en junio de ese mismo año, reúnen a grupos con agendas culturales e ideológicas diferentes (islamistas, nacionalistas, liberales e izquierdistas) con un objetivo común: promover las reformas constitucionales necesarias para instaurar

verdaderos gobiernos parlamentarios y garantizar el principio de la alternancia en el poder.

Sin embargo, las autocracias liberales no han dado los pasos necesarios para promover un verdadero cambio. Es cierto que se han celebrado elecciones en un buen número de países, pero los líderes no parecen dispuestos a ceder el control que mantienen sobre la naturaleza y el alcance de la participación política y, menos aún, a emprender las reformas constitucionales necesarias para establecer gobiernos parlamentarios. La mezcla de pluralismo guiado, elecciones controladas y represión selectiva ha dejado de formar parte de una mera estrategia de supervivencia para convertirse en un tipo de sistema político cuyas instituciones, reglas y lógica hacen muy difícil la democratización real de estos países. El impulso que pretendía dar EE UU a los procesos de apertura en la región con la intervención militar en Irak y su eventual democratización se ha visto condicionado, además, por los buenos resultados de las formaciones islamistas en los países en los que han podido participar. El triunfo de Hamás en Palestina y la guerra civil en Irak se han convertido en el mejor argumento de las élites para no emprender las reformas que democratizan la vida política.

Los últimos acontecimientos en Egipto y otros países de la zona muestran un cambio de tendencia. Hace apenas unas semanas, el Parlamento egipcio aprobaba una nueva reforma constitucional que hará muy difícil la participación de los islamistas en las próximas elecciones. Esta reforma ha venido acompañada de un aumento cualitativo de la presión policial sobre el principal movimiento islamista egipcio. Del mismo modo, el régimen jordano ha endurecido su posición hacia los Hermanos Musulmanes. La creciente radicalización del discurso de los islamistas jordanos en cuestiones de política exterior ha dado una oportunidad al régimen para recordarles los límites de su actuación política. Varios diputados del Frente de Acción Islámica, brazo político de los Hermanos Musulmanes jordanos, fueron detenidos y encausados por sus declaraciones en favor de la *yihad* en Irak en el entierro de Al Zarqawi. En todo el mundo árabe, la primavera democrática se apaga como consecuencia de la creciente inestabilidad en Oriente Próximo, donde los islamistas no solo son actores de los procesos de apertura sino también de los conflictos que sacuden la zona.

Pese a las reticencias de las autocracias liberales, el paradigma de la reforma democrática sigue en vigor. El terrorismo yihadista se nutre de la crisis que afecta a las sociedades musulmanas, y la radicalización de todo el espectro islamista no sería una buena noticia para la guerra contra el terro-

*El terrorismo
yihadista se
nutre de la crisis
que afecta a
las sociedades
musulmanas*

rismo. La reforma democrática no puede posponerse. Los informes sobre desarrollo humano en el mundo árabe, auspiciados por el Programa de la ONU para el Desarrollo (PNUD), han puesto de manifiesto las grandes y crecientes desigualdades que caracterizan a estos países, donde amplias capas de la población viven por debajo del umbral de la pobreza. La región tiene el nivel de desempleo más alto de los países en desarrollo, con una cifra cercana al 20 por cien. Las ciudades se han convertido en grandes núcleos de población desocupada y privada de horizontes vitales, con lo que ello implica en términos de marginalidad, crecimiento del islamismo radical y presiones migratorias hacia el exterior. Y la situación se agravará en los próximos años como consecuencia del crecimiento de la población.

Estrategias de promoción democrática

Por ello, la promoción de la democracia en la zona debe seguir siendo un objetivo prioritario de la comunidad internacional. Se trata, no obstante, de un proceso complejo y que solo podrá desarrollarse de manera gradual.

Uno de los principales problemas del mundo árabe es que la agenda islamista tiene un electorado organizado, mientras que la no islamista o está controlada por los regímenes o carece de base organizada en la sociedad. Como consecuencia, la multiplicidad de aspectos culturales, religiosos, étnicos y lingüísticos que conforman la realidad diaria del mundo árabe no encuentra una expresión directa o democrática en la vida política formal. La oposición secular y liberal es inefectiva y carece de apoyo popular. Los signos de crisis de los partidos seculares se manifiestan en todo el mundo árabe, con Marruecos como única excepción reseñable. La falta de interés de los líderes de estos grupos por mejorar sus técnicas y capacidades organizativas, la inexistencia de una generación joven vinculada a estos partidos y dispuesta a actuar y las trabas impuestas por los regímenes son causas de una crisis que condiciona los procesos de apertura. Fomentar la capacidad de las fuerzas no islamistas para organizarse y ofrecer una alternativa viable es una de las condiciones esenciales para la profundización de los procesos de reforma política en el mundo árabo-musulmán.

EE UU y la UE deben definir nuevos instrumentos de promoción que permitan aumentar la capacidad de movilización de las fuerzas no islamistas. Ello significa ayudar a los grupos seculares a crear partidos políticos efectivos, ya que solo la competición política real puede llevar a los islamistas a abandonar sus prioridades ideológicas en beneficio de un sistema basado en el compromiso y en gobiernos de coalición. Las grandes fundaciones políticas europeas y norteamericanas deben ser incorporadas a este esfuerzo.

Por otra parte, los empresarios podrían desempeñar un papel importante en la consolidación de estas fuerzas políticas. Para ello, sería conveniente diseñar programas que ayuden a las organizaciones empresariales a estable-

cer lazos organizativos y financieros con los partidos políticos. Hay que apoyar también los esfuerzos de los activistas políticos árabes para crear foros que promuevan el diálogo sobre la reforma política entre islamistas y fuerzas seculares. En los últimos años estos foros se han multiplicado y el grado de convergencia entre fuerzas islamistas y seculares sobre los objetivos de la reforma política ha ido creciendo de forma sistemática. Los ejemplos de Turquía e Indonesia, donde islamistas y seculares comparten el espacio político, demuestran la importancia de los incentivos institucionales para promocionar la democracia.

Está claro que quien necesita ayuda son las fuerzas no islamistas. No obstante, Europa tiene un especial interés en seguir la evolución de estos movimientos debido a la presencia de una importante comunidad de origen musulmán en el continente y a la creciente influencia en el seno de dichas comunidades de organizaciones afines al ideario islamista.

Una de las recomendaciones del informe final sobre el Asociación Estratégica con el Mediterráneo y Oriente Próximo recoge la posibilidad de que la UE entable un diálogo con los grupos islamistas que renuncien a la violencia. La Comisión y algunos Estados miembros han iniciado un proceso de reflexión para definir los parámetros que deben regir ese diálogo. No tiene sentido tener a los islamistas como interlocutores en Europa y carecer de canales de comunicación con ellos en los países musulmanes donde es posible. El diálogo deberá ser en todo caso crítico.

Los islamistas se han convertido en los principales actores de los conflictos que salpican Oriente Próximo y siguen sin reconocer una realidad esencial en la zona: la existencia del Estado de Israel. Además, y aunque allí donde se les ha permitido participar abiertamente en la vida política (Malasia, Pakistán, Indonesia, Turquía) han desarrollado un interés por el sistema y la preservación del orden democrático, su evolución doctrinal en el mundo árabe está aún lejos de consolidarse.

En un contexto regional marcado por el aumento de los conflictos, donde la crisis iraquí coincide con el deterioro de la situación en los territorios ocupados, la parálisis de Líbano y el creciente peso de Irán, es difícil ser optimista sobre las posibilidades de que la democracia se consolide a medio plazo en los países del Mediterráneo Sur y Oriente Próximo. No obstante, las élites de las autocracias liberales deben ser conscientes de que solo a través de procesos políticos que aseguren la inclusión de todos los grupos importantes en gobiernos multipartidistas y democráticamente elegidos podrán hacer frente a la intensificación de los conflictos sociales y al creciente recurso a la violencia política.